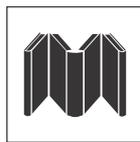


Kayte Nunn

El cuaderno  
de las  
flores

*Traducción:*

ISABEL FERRER Y CARLOS MILLA



MAEVA

Te amo como la planta que no florece y lleva  
dentro de sí, escondida, la luz de aquellas flores.

PABLO NERUDA, *Soneto XVII*

# 1

## *Sídney, otoño de 2017*

**A**нна abrió la puerta y vio allí a tres hombres. El que se encontraba más cerca de ella era una mole de aspecto torpe y frente de neandertal; lo seguía un individuo de estatura y edad medias; y detrás de este había uno más bajo, delgado y joven, con tatuajes a lo largo de los fibrosos músculos de los antebrazos.

—Los tres osos —dijo ella en un susurro, advirtiendo a la vez que la pintura de la jamba empezaba a desconcharse. Era de un tono morado intenso que se conocía como Grand Poobah, nombre que había hecho reír a carcajadas a su abuela en medio de la ferretería. Eso ocurrió unos meses después de la muerte de su abuelo, y Gussie necesitaba animarse.

Apartando la mirada de aquellos hombres, Anna apretó la cascarilla de pintura suelta en un vano intento de volver a fijarla.

—¿Cómo dices? —preguntó la mole de aspecto torpe, quien, con su estropajoso halo de cabello dorado y un vientre que tensaba la tela de la camisa, le recordó claramente a Papá Oso—. ¿Es aquí? —Tras consultar un cuaderno, deslizando por la hoja el regordete dedo índice, la miró—. Jenkins, ¿no?

—Disculpe —contestó Anna, abochornada de pronto al pensar que el hombre pudiera haberla oído—. Pasen.

Se hizo a un lado y les indicó que entraran. Una vez dentro, acompañados del eco de sus robustas botas en la casa vacía, echaron una ojeada alrededor para evaluar el lugar. Anna contuvo la respiración mientras los llevaba hasta la cocina, un exiguo espacio en el centro de la larga y estrecha casa adosada que no se había reformado en décadas. Contempló la formica de color limón, los armarios de madera y el linóleo anaranjado y marrón, con el dibujo desgastado por efecto de un millón de pisadas. Recordó su propia emoción cuando, de niña, iba allí a pasar unos días. En coche, dejaba atrás su casa ajardinada de un barrio residencial y, después de cruzar un puente, llegaba a lo que se le antojaba otro mundo, uno de infinitas callejas tortuosas y estrechas viviendas con balcones de forja que formaban intrincadas filigramas. Recordó cuando se sentaba a la mesa de la cocina a merendar bocadillos de mermelada con Nesquik de fresa frío. Y cuando su abuelo las llevaba a su hermana y a ella calle arriba hasta la tienda de la esquina, y ella se les adelantaba saltando por encima de las grietas de la acera, impaciente por ver los caramelos de frambuesa y las tabletas de chocolate apilados en los delgados estantes del establecimiento. En verano tenían polos dulces y pegajosos, tanto tubulares como planos. Con suerte, también corte helado.

Dulces recuerdos, todos ellos.

Papá Oso habló.

—Muy bien, guapa, nos vamos a por el material para ponernos manos a la obra. Enseguida volvemos —dijo a la vez que se alejaba, seguido por los otros dos.

Regresaron al cabo de unos minutos, provistos de palancas y mazos. Anna los dejó con lo suyo y subió al piso superior, al antiguo dormitorio de sus abuelos, situado en la parte delantera de la casa. El papel pintado amarillo, con su estampado

de flores, se había desteñido allí donde le daba el sol de la tarde, y la moqueta estaba raída. De pie en el centro de la habitación, percibió una tenue vaharada del perfume de Gussie: Youth Dew. Aplicado generosamente y sin pudor alguno. Casi esperaba que Gussie se le acercara con su natural vivacidad, el pelo canoso perfectamente rizado, mientras se secaba las manos con un paño y la reprendía por no haberla avisado, pese a lo cual le asomaban a las mejillas los hoyuelos de su sonrisa fácil. El abuelo había muerto cuando Anna era adolescente, pero era la pérdida de Gussie la que ella más sentía.

Cierto era que en los últimos años casi siempre que Anna visitaba a su abuela, esta la confundía con su madre o, peor aún, ni siquiera la reconocía. En esa ocasión solo le había dado la bienvenida el lúgubre tictac del reloj de la repisa de la chimenea.

Anna deslizó un dedo por los alféizares polvorientos; luego abrió las puertas del balcón, que daba a la calle, para dejar entrar la brisa. La casa llevaba cerrada unos meses y se percibía un inequívoco olor a humedad; había sido un verano muy lluvioso.

Sus abuelos siempre habían preferido los muebles macizos y oscuros con robustas patas torneadas que pesaban una tonelada; antes la casa estaba a rebosar de esa clase de mobiliario. Ocupaban hasta el último trozo de pared aparadores y cómodas, cuyas superficies exhibían piezas de porcelana con motivos florales, tapetes de ganchillo, adornos de cristal polvorientos, muñecas de coleccionista vestidas con trajes tradicionales de países que ellos nunca visitarían. Pero la empresa responsable del desalojo había pasado por allí la semana anterior y ahora la casa estaba vacía como Anna no la había visto nunca, eliminado casi todo rastro de sus anteriores ocupantes. La asaltó una repentina pesadumbre y de pronto sintió en los ojos un calor húmedo.

«Son solo objetos —se dijo con severidad—. Nada de eso hará volver a Gussie.» Su abuela la había nombrado única heredera de esa vivienda, la casa adosada de dos plantas en la que había nacido, cuidado de una familia y fallecido. La herencia había sido una sorpresa, casi tanto como el hecho de que su abuela hubiese muerto. Pese a su decreciente memoria, la anciana, muy briosa, había insistido en vivir sola. «¿Qué pinto yo en medio de un montón de viejos desconocidos que babea en el té y se ensucian la ropa interior?», había preguntado al tantearla la madre de Anna en varias ocasiones a lo largo de los últimos años sobre la conveniencia de trasladarse a una residencia, especialmente a partir de que le diagnosticaran alzhéimer.

De pronto, Anna se sintió abrumada. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Debería haber esperado? ¿Poseía la fortaleza necesaria para llevar a cabo esa tarea ella sola?

«No seas tonta», se reprendió. La decisión estaba tomada. Seguiría hasta el final.

Bajó por la escalera, evitando pisar el peldaño que siempre crujía, lanzó un vistazo a los albañiles, que habían iniciado la demolición del salón —la «mejor habitación», recordó con una leve sonrisa—, y luego se dirigió a la parte de atrás. Atravesó la galería mal aislada donde dormían su hermana y ella cuando eran niñas, y abrió la puerta trasera.

Dejó escapar un largo suspiro.

No debería haberse sorprendido, ya que hacía meses que no pasaba por allí; aun así, se le cayó el alma a los pies. El jardín, durante mucho tiempo el orgullo y la alegría de su abuela, se hallaba en un estado de total abandono. «Descuidado» era decir poco: malas hierbas enormes y asfixiantes invadían lo que en otro tiempo fueron plantas primorosamente atendidas. Anna, a quien de pequeña le encantaba entretenerse en aquella parcela del tamaño de un sello de correos con su propia pala y su rastrillo, para ayudar a la abuela a desherbar y regar,

había estado demasiado preocupada por la vida que se extinguía dentro de la casa como para asomarse siquiera a echar una ojeada al exterior; y después, tras la muerte de Gussie, había preferido no pasar mucho tiempo en ella. Se dedicaba por entero a cuidar de los jardines de otras personas, y a ese no le había prestado la menor atención.

El lado oeste lo delimitaba un desaliñado seto de murraya; sus flores acampanadas, que normalmente emanaban un perfume embriagador, ahora presentaban un aspecto mustio y parduzco. El sendero casi había desaparecido bajo una alfombra cada vez más densa de tradescantia. La hiedra enroscaba sus asfixiantes zarcillos en torno al árbol de Júpiter. Y la glicinia, guiada para que se descolgara por encima de la valla trasera, se había desplomado. En un murmullo, recitó los nombres de las plantas preferidas de su abuela como si se tratara de una letanía, a la vez que buscaba cada una de ellas entre la maraña de hierbajos. Musitó sus nombres sobre todo para tranquilizarse. Estrelicia —también llamada ave del paraíso—, áster azul, buganvilla de color magenta intenso, hippeastrum, eléboro, camelia, pelargonio y delicadas violas allí a la sombra... palabras familiares que eran un bálsamo para su aflicción.

Mientras despejaba un hueco para sentarse en el deslustrado banco de madera con respaldo al fondo del jardín, su mirada se posó en una telaraña que se hinchaba en la brisa como un paracaídas, sus vaporosas hebras tensadas casi hasta el punto de romperse. ¿Habían transcurrido poco menos de seis meses? ¿Medio año ya? Durante todo ese tiempo, Anna había sido una autómatas, arrancada a diario de un profundo sueño por el despertador, que se dejaba llevar por la rutina del trabajo, casi sin recordar las conversaciones con sus clientes, abstraída en el repetitivo acto de cavar y escardar en los arriates y cortar el césped estival. Había evitado volver a ese jardín, lugar por el que antes sentía tanto apego.

Con los ojos entornados, dirigió la vista hacia el sol, ya más alto en el cielo, y luego miró el manzano del rincón, la fruta marchita de la temporada suspendida todavía de las ramas. Allí, en ese jardín, estaba la prueba: mientras unas vidas terminaban, el resto del mundo seguía adelante implacablemente. Tratar de detenerlo era tan inútil como pretender recoger agua con una red.

Mientras estaba allí sentada, observando la escena, de repente sonó dentro de la casa un golpetazo más estridente que todos los anteriores, seguido de un grito. Oyó que la llamaban por su nombre y, levantándose de un salto, regresó a toda prisa por el sendero.

Al entrar en la casa, nubes de polvo blanco llenaban el aire, y lo que en otro tiempo fueron tres habitaciones pequeñas en la planta baja se había convertido ahora en un espacio diáfano, mayor de lo que ella imaginaba. Todo se había desmoronado muy deprisa. Habían retirado y enrollado la vieja moqueta, que ahora asomaba a medias por la puerta de entrada. Salpicaban el suelo ladrillos, argamasa desmigajada y yeso.

—¿Te parece bien, guapa? —preguntó el hombre alto y torpe—. Hemos pensado que te gustaría verlo. —Señaló las estanterías, que habían empezado a desprender de la pared del fondo—. Casi es una lástima quitarlas, la verdad. Hoy día rara vez se ve un acabado así.

—¿Cómo? —Anna había dado instrucciones claras de demoler los estantes a fin de ensanchar el estrecho espacio, así que no sabía muy bien qué estaban enseñándole.

—Fíjate en eso, ahí —indicó él, señalando la pared antes cubierta por la estantería más alejada de la ventana.

Ella así lo hizo, y entonces lo vio: un hueco más o menos a la altura de la cintura. Cuando se acercó para verlo mejor, reparó en que tenía a su izquierda al más bajo de los tres integrantes del equipo de demolición.

—Tome —dijo el hombre con voz aflautada, tan frágil como su cuerpo, y cuando Anna se volvió, él le tendió un maltrecho cuaderno, totalmente gris, cubierto de polvo y finas telarañas—. No sé qué es, pero a lo mejor quiere echarle un vistazo.

—Gracias. —Ella agarró el cuaderno y, al soplar sobre la superficie, se elevó en el aire una nube cenicienta. Retiró el polvo con un dedo, dejando a la vista la tapa de color azul oscuro. Lo abrió cuidadosamente y vio los trazos finos de la apretada letra que cubría las páginas amarillentas—. Qué raro. Me pregunto cómo habrá acabado esto en el enladrillado.

—Pero ¿qué es? —preguntó él con impaciencia.

—No sabría decir. Debió de quedarse ahí detrás antes de que empotraran la estantería. Lo examinaré detenidamente más tarde.

Anna volvió al jardín y dejó el cuaderno en el banco a su lado, pero mientras se planteaba por dónde empezar a trabajar, oyó otro estrépito, y de nuevo la llamaron a voces. «¿Y ahora qué?», se dijo.

Desanduvo el camino y se asomó a la puerta: esta vez el albañil de estatura media sostenía una caja grisácea que por el tamaño podría haber contenido un par de botas.

—¿Ahí dentro? —preguntó Anna, mirando atónita el agujero abierto en la pared, donde costaba creer que pudiera caber la caja. Como para convencerse, se acercó y escrutó el hueco. Se estremeció al ver la negrura total, imaginando enormes arañas y los caparazones redondos y duros de las cochinillas muertas.

—Echa un vistazo —indicó el capataz, a la vez que cogía una linterna y dirigía el haz hacia lo alto.

Ella miró por la estrecha abertura: a más o menos medio metro hacia arriba, el conducto se ensanchaba ligeramente hasta una especie de repisa.

—Sí, allí arriba —confirmó él—. Me ha picado la curiosidad, así que he metido el brazo y he volcado la caja, que se ha caído por el conducto. Se ha quedado atascada, pero, a fuerza de moverla, poco a poco he conseguido sacarla.

Anna se volvió hacia el albañil que le tendía la caja. Le sorprendió el peso y tuvo que tensar los bíceps para que no se le cayera. En realidad no era gris, sino que estaba cubierta de polvo y telarañas, igual que el cuaderno. Al frotar la tapa con los dedos, quedó a la vista una superficie de metal deslustrado. El contorno tenía formas grabadas, y cuando Anna retiró más polvo, descubrió abejas y arabescos en tres dimensiones. En cada esquina había tréboles de cuatro hojas labrados.

—Demonios —exclamó—. Qué raro.

—Y que lo digas, guapa —convino el capataz, rascándose la cabeza—. Por suerte no le ha roto el brazo a Nathan cuando se le ha caído encima.

—Sí, supongo —respondió ella, distraída y todavía absorta en la caja. La dejó en el suelo y probó a abrir la tapa, pero esta no cedió. Tras limpiar el polvo de los laterales con las manos, vio un sólido candado en forma de corazón que la mantenía firmemente cerrada. Debía de ser de latón, pero estaba tan deslustrado y ennegrecido como el resto de la caja—. Me pregunto qué será.

—¿Quieres que la abra de un mazazo? —preguntó el capataz, y levantó la herramienta.

—¡No! —exclamó Anna, aún inclinada, mirando la caja—. No, no quiero que se estropee.

—Tengo una palanca —intervino Nathan.

—Será mejor llevarla a un cerrajero, creo —dijo ella, lamentando su tono remilgado—. Pero gracias por el ofrecimiento.

—Vale, guapa, como tú digas. Seguiremos con lo nuestro, pues. Calculo que al final del día habremos acabado la mayor parte de la demolición.

Anna contempló los precarios restos de las estanterías y asintió.

—Bien, gracias.

Recogió la caja y la mantuvo apartada del cuerpo para no mancharse aún más de polvo mientras se dirigía hacia la escalera. Sintió un escalofrío cuando una ráfaga de viento entró por la puerta abierta de la calle. ¿Cómo demonios había acabado aquello escondido en el hueco de la pared? A pesar de la mugre, veía que en su día debió de ser bonita. Probablemente fuera valiosa, y, desde luego, antigua. ¿Qué podía haber llevado a alguien a esconderla? ¿Cabía la posibilidad de que la abuela Gus la hubiese encajonado allí, que la hubiese ocultado en un sitio donde casi con toda seguridad nunca la encontrarían? Anna tendió la mano hacia el teléfono. Tenía que hablar con su madre.

## 2

### *Cornualles, 1886*

Las botas acababan de llegar de Londres, encargadas en tiempos más felices. Tenían doce complicados botones, cada uno firmemente sujeto por una presilla de cuero marroquí, y Elizabeth forcejeó con ellos en un vano intento de liberar los pies hinchados. El zapatero pasaba por ser uno de los mejores del condado, y el cuero era el más suave que podía comprarse, pero después de llevarlas durante una hora le habían salido ampollas. Si Daisy hubiese estado en casa, la habría ayudado, desabotonador en mano, pero, dadas las circunstancias, tuvo que apañárselas con sus torpes dedos, preguntándose si en la confección se habría utilizado la horma correcta.

Al cabo de unos minutos tenía por fin los dedos de los pies libres de aquella maldita envoltura, y los movió placenteramente a la vez que se masajeaba la piel roja y dolorida de los talones y evaluaba los daños.

—¡Válgame Dios! ¿Quién se pondría una cosa así si tuviera opción? —preguntó Elizabeth en voz alta.

Aunque en realidad nadie oyó su queja.

Horas antes había huido del letargo producido por el calor vespertino que se colaba por todos los rincones de la

gran casa, Trebithick Hall, y que había sumido a sus escasos ocupantes —a excepción de Elizabeth— en un estado de insensibilidad soñolienta. Así que pudo escabullirse sin que nadie se diera cuenta para ir a las cuadras, donde ordenó a Banks, el caballerizo, que le sacara a *Achilles*.

—Con la silla de mi padre, por favor —dijo ella, retándolo a llevarle la contraria. Ese no era momento para una silla de montar a mujeriegas.

En cuanto Banks acercó el corcel negro al escalón para montar, Elizabeth le dio permiso para marcharse.

—Ahora ya puedo arreglármelas yo sola.

No quería que Banks presenciara su pugna con el vestido, ni que alcanzara a ver su ropa interior por supuesto. Puede que las pautas del decoro se hubieran relajado temporalmente en Trebithick Hall, pero prefería que Banks no se sintiera aún más incómodo de lo que con toda seguridad ya se sentía. Recogiéndose la falda negra de bombasí, se montó torpemente a horcajadas en el caballo sudoroso y lo arreó. Procuró no pensar en el hecho de que nunca antes había cabalgado a lomos de *Achilles*, y desde luego su padre, en vida, jamás se lo habría consentido, y menos a horcajadas. «Montar a mujeriegas es el único comportamiento decoroso para una dama», insistía siempre John Trebithick. Aunque progresista en otros sentidos —había animado a Elizabeth y a su hermana a estudiar latín y griego antiguo, por ejemplo—, en esa cuestión se había mostrado inflexible.

—¡Venga, muchacho, en marcha! —ordenó con voz firme mientras obligaba al gran caballo a rodear el patio y lo dirigía hacia la verja lateral de la mansión y el camino de herradura que bordeaba el extremo oriental de las tierras de Trebithick Hall. *Achilles* no necesitaba mucho estímulo, y Elizabeth sujetó con fuerza las riendas cuando el animal corcoveó bajo aquel peso poco familiar. Como ella, había permanecido

encerrado durante meses, porque su padre estaba demasiado débil para aventurarse a salir de la casa, y más aún para cabalgar en su montura preferida. Aunque Banks lo había sacado para que estirase las patas en el prado con el resto del establo el día anterior, el animal estaba aún fresco como una rosa.

*Achilles* rompió a galopar antes de que Elizabeth pudiera sofrenarlo, que experimentó terror y euforia por igual al tomar conciencia de que tenía mucho menos control del que había imaginado sobre aquella musculosa bestia. El caballo arrancó como una bala y enfiló su rumbo casi con la misma precisión.

—¡Más despacio, señor mío! ¡So! ¡So, muchacho! —vociferó, y la brisa se llevó sus palabras sin que nadie, hombre ni bestia, le prestara atención. Cerró los dedos en torno a la crin del caballo y se agarró como si le fuera la vida en ello. El viento le arrancó el sombrero, que salió volando, mientras avanzaban a gran velocidad. Apenas reparó en el vivo color morado de la agrostemma, ni en las gavillas de trigo reunidas en garberas, inclinadas como borrachos en una boda, ni en las ortigas, que alcanzaban una altura de más de un metro a los lados del camino de herradura, y de cuyas hojas urticantes la protegían las medias hasta cierto punto. Solo al cabo de dos kilómetros *Achilles* pareció oír sus súplicas y sentir que las riendas se hincaban con violencia en su boca, y por fin redujo un poco la marcha, con lo que Elizabeth pudo recobrar el aliento y recomponerse.

El camino de herradura conducía hacia una pequeña cala, y *Achilles*, como si oliera el mar, volvió a aligerar el paso y se precipitó hacia el borde del acantilado con tal rapidez que Elizabeth temió que no se detuviera a tiempo y ambos cayeran a las rocas. Tiró de nuevo de las riendas y, con todas sus fuerzas, apretó las rodillas contra las ijadas de *Achilles* hasta que este se paró bruscamente cuando solo quedaban

unos palmos de tierra. Resoplando y cabeceando con actitud arrogante, el caballo hizo chasquear el bocado entre los dientes como si dijera: «¿Satisfecha?».

Sujeta al pomo de la silla con manos trémulas, Elizabeth se inclinó hacia delante, pasó la pierna por encima de la grupa, como había visto hacer a los hombres, y se deslizó hasta el suelo. Tropezó y se cayó, manchándose la falda de barro, pero se levantó y, al ver un olmo cerca, amarró las riendas a una rama que colgaba a baja altura. Tardó más de lo normal; aún le temblaban las manos y se le agitaba el pecho por el esfuerzo de mantener a *Achilles* bajo control.

El agua azul y cristalina cabrilleaba tentadoramente, un millón de diamantes esparcidos por su superficie, y la línea azul oscuro del horizonte se desdibujaba en el vibrante resplandor del calor del mediodía. La costa de Cornualles tenía fama de traicionera y los naufragios eran frecuentes, pero Elizabeth conocía bien esa pequeña cala: Ladylove Cove, más conocida como Lady Luck Cove.

Había pasado buena parte de su infancia trepando por aquellas rocas, deteniéndose solo para contemplar maravillada las diminutas y tenaces plantas que se aferraban a la pared del acantilado. El camino hacia la playa de guijarros era empinado, pero alguien —contrabandistas muertos hacía mucho tiempo, según la leyenda— había labrado unos escalones en la piedra y, afortunadamente, el suelo estaba seco. Ya un tanto recuperada del suplicio de la cabalgada, bajó por los abruptos peldaños con la agilidad de un duendecillo.

Elizabeth no se paró a pensar en lo que diría Georgiana si llegaba a enterarse de dónde estaba o qué se traía entre manos. Su hermana mayor y el marido de esta, Robert, habían llegado de Plymouth hacía tres semanas, demasiado tarde para el final, pero a tiempo para el tañido de las campanas que anunciaron la muerte de su querido padre: nueve campanadas para un hombre, y después otras cincuenta y

siete por los años vividos. Lo más probable era que siguieran rebuscando el botín, eligiendo cuadros y muebles para sus propios fines. Aunque a Elizabeth eso le traía sin cuidado. Para ella, lo único que poseía valor era su querido padre y ni todo el té de China se lo devolvería. Ahogó un sollozo. El tiempo para el llanto había terminado.

En los días posteriores a la muerte de su padre, Elizabeth deambulaba intranquila por el jardín. Iba y venía por el largo camino en un estado de aturdimiento, sin saber qué le depararía el futuro ni adónde la llevaría. No tenía paciencia para la costura ni el bordado, y por nada del mundo se habría puesto a tocar el piano. No encontraba consuelo en el dibujo, hasta entonces su pasatiempo preferido. Ya no podía ayudar a su padre en la meticulosa clasificación de las plantas, una tarea absorbente de la que ella disfrutaba en vida de él.

Tras la llegada de su hermana y su cuñado, siguieron dos semanas en las que básicamente estuvo confinada en la sofocante sala de estar leyendo las tarjetas de pésame de los visitantes; a algunos de ellos los apreciaba, pero en su mayoría le eran indiferentes, a unos cuantos los detestaba para sus adentros, y a muchos no los conocía ni de oídas. Si bien Elizabeth agradecía la compañía de su hermana, que solo había regresado a casa unas cuantas veces desde su boda seis años antes, la necesidad de huir, de llenarse los pulmones de aire salitroso y sentir la brisa en la piel, había llegado a hacerse insoportable. Razón por la que, al verse inesperadamente sola aquella tarde, se había encaminado hacia las cuadras.

Durante el mes anterior a la muerte de su padre, Elizabeth se había mostrado reacia a ausentarse de la casa mucho tiempo, y solo se atrevía a salir brevemente al jardín en busca de hierbas para preparar cataplasmas con las que aliviarle el sufrimiento. Visitaba una y otra vez la cocina, para fastidio de la cocinera, para supervisar la elaboración de gelatina de pezuña de ternera, con la que pretendía convencer a su padre de que comiera algo nutritivo. Una vez tomó el carruaje y se fue a Padstow, a la botica nueva, aferrada a la receta de una panacea en la que su bisabuela tenía una fe ciega, y que había curado a Georgiana de una dolencia cuando era niña.

El médico había hecho su visita diaria para sangrar a su padre mediante sanguijuelas hasta que este se recostaba en su almohada, con el rostro pálido, agitado por una horrible tos, el pañuelo empapado de sangre escarlata. Pero de nada sirvió. Su padre tenía tuberculosis, y las esperanzas de que se restableciera eran escasas.

A Elizabeth le costaba conciliar la imagen de ese ser desvalido, pálido y débil con la del padre que había conocido y amado, un hombre fuerte como un toro, pero tierno como un cordero con Georgiana y con ella. Un hombre que buscaba la aventura; un coleccionista de plantas que viajaba por todo el mundo y regresaba no solo con especímenes exóticos y poco comunes, sino también con relatos increíbles de tierras y pueblos extraños. Su hermana y ella escuchaban asombradas, con los ojos abiertos de par en par, sus historias sobre ciudades antiquísimas y barcos en forma de media luna. Le rogaban que les hablara de las mujeres de ojos almendrados y piel oscura, los encantadores de serpientes, los sanadores místicos, los santones y los ladrones. Él las fascinaba contándoles que había cabalgado a lomos de elefantes majestuosos en el Himalaya, que había visto alcatraces que apestaban a pescado salado y que había probado frutas jugosas, más dulces que un beso. Y les hacía cosquillas mientras

les hablaba de serpientes sibilantes que al erguirse eran tan altas como un hombre y de arañas de patas peludas más grandes que platos. Puede que se ausentara durante meses, pero cuando estaba en casa, disfrutaba con la compañía de sus hijas y, muy pendiente de ellas, hacía lo posible por compensar la ausencia de una madre.

Resbalando con sus botas por las rocas lisas a causa de las fuertes mareas del Atlántico, Elizabeth había llegado al suelo más seguro de la orilla, una franja de fina arena dorada que bordeaba la cala. Estaba casi segura de que en esa playa agreste nadie la molestaría; eran pocos, si es que había alguien, los que recorrían el camino por el que ella había cabalgado para llegar hasta allí. Tras echar una atenta mirada para cerciorarse de que nadie la veía, se sentó en una rama arrastrada a tierra por el mar y empezó a desvestirse, comenzando por las botas nuevas. No era el mejor calzado para montar, pero tal era su impaciencia por escapar de la sofocante casa que apenas se había detenido a pensarlo. Se vio obligada a forcejear con los botones del vestido como le había pasado antes con los de las botas, pero, después de unas cuantas contorsiones, consiguió desabrocharse los superiores y desprenderse del vestido por los hombros. Desató los lazos del corsé y se lo aflojó hasta poder librarse de la opresión. De niña, en esa playa, se había despojado muchas veces de todo salvo la ropa interior, pero nunca desde que era mujer, y sintió una poderosa emoción ante un placer tan ilícito y osado.

A Elizabeth le interesaban tanto los corsés como los convencionalismos, pero no tenía más remedio que acatarlos, pese a haber leído en *The Times* sobre la existencia de la Sociedad del Vestido Racional y haber aplaudido para sí sus esfuerzos en las grandes ciudades. «¡Ojalá las mujeres no

tuviéramos que vivir tan oprimidas por nuestras prendas!», se había quejado ante mademoiselle Violette. «Da las gracias de que ahora el corsé se lleve tan poco ajustado», había respondido su institutriz, impertérrita.

Finalmente se quedó en camisola y pololos. El aire impregnado de salitre la refrescó y estimuló al traspasar el fino algodón. Estiró los brazos y vio en su hombro la mancha en forma de mariposa. «Café au lait», la describía mademoiselle Violette. Para Elizabeth era un recordatorio permanente de su madre, que tenía una igual en el mismo sitio; la había visto en el retrato que había colgado en el salón de mañana.

Se sintió peligrosamente libre, como no se sentía desde que, en su infancia, deambulaba con su padre por la orilla en busca de conchas y cangrejos, de diminutos langostinos translúcidos y algas con ampollas que reventar. De pie al borde del mar sibilante y espumoso, sintió que la corriente tiraba de los dedos de sus pies, atrayéndola. Se adentró en el agua, que formaba en torno a sus tobillos desnudos una espuma que parecía encaje. A lo lejos era más oscuro, de color añil, y amenazador, y por las cabrillas se adivinaba el fuerte viento que soplaba mar adentro, pero allí, en la cala protegida, en esa bochornosa tarde veraniega, el agua era clara como la ginebra. Elizabeth ahogó una exclamación al llegarle el frío a las rodillas, pero siguió avanzando sin amilanarse. Cuando se sumergió hasta el pecho y la tela de la camisola se arremolinó alrededor de su cuerpo, la impresión causada por el agua helada la obligó a expulsar el aire de los pulmones, y perdió la sensibilidad en las piernas. Ya no se sentía los dedos doloridos e hinchados de los pies. Con la barbilla al frente en un gesto de determinación, siguió adelante hasta que sus pies se separaron de la tierra firme y flotó suspendida en el gélido abrazo del océano.

Se tendió en el agua, alzó el rostro al cielo y, al cerrar los ojos, lo vio todo rojo por efecto del sol cálido a través de los párpados.

Por primera vez desde la muerte de su padre se sentía verdaderamente viva.